

Los niños y las lecturas

Víctor Orozco

Maestro Emérito de la UACJ y

Miembro de la Academia Mexicana de la Historia

ORCID: 0000-0002-6178-0173

HE PARTICIPADO EN JURADOS Y SÍNODOS ACADÉMICOS en numerosas ocasiones, pero nunca me había tocado ser juez en un concurso de niños de primaria para calificar su habilidad en la lectura y en la redacción de cuentos. Leí y escuché para mi satisfacción a infantes de tercero y cuarto grado de planteles rurales pertenecientes a la 8a. Zona escolar del estado de Chihuahua. El certamen formó parte de la XVII edición del concurso *Don Quijote nos Invita a Leer* y tuvo como sede el Centro Regional de Educación Integral (CREI) Veinte de Noviembre 2083 —según la nomenclatura oficial— del Heroico Pueblo Pascual Orozco, en el municipio de Guerrero.

Anoto que fue aquí donde me eduqué, allá por la década de 1950. Los viejos salones de clase ya no existen, pues fueron sustituidos por aulas más funcionales y con mayores recursos didácticos. En uno de sus muros apenas recuerdo un antiguo mapa en el cual no me explicaba por qué aparecía Ucrania separada de la entonces URSS, si era una de sus repúblicas integrantes. Mucho tiempo después me enteré de que el viejo zorro de Stalin arregló las cosas para tener un voto más en la asamblea general de la ONU. En aquellos días cada escuela operaba con seis maestros, incluyendo al director, uno para cada grado. Ahora veo que laboran tres más, de música, deportes e inglés.

Existe también un comedor amplio en el que sirven desayuno a los niños, algo inusitado en los viejos tiempos. Aunque en estos lares nunca ha campeado la miseria, como en otros del país, sí recuerdo a compañeritos de banca con el semblante pálido, signo distintivo de la mala nutrición. Por cierto, y en vista de la jornada larga que los jueces acometimos con resolución, nos sirvieron desayuno y comida. A como vamos en la llenada de tanto formulario, me comentó jocoso



un colega, también nos tocará cena. Buen sazón, dicho sea de paso, de las señoras del pueblo encargadas de la cocina. Extrañé los extensos patios arbolados que, en los tiempos de aguas, con sus prados y carrizales nos parecían un paraíso.

Los niños participantes en la categoría que nos correspondió, de entre ocho y diez años, nos dieron a conocer los cinco libros leídos durante el ciclo, con sus comentarios y las razones por las cuales uno de ellos les gustó más. Luego, en voz alta, leyeron un cuento de este último. Según el instructivo debe evaluarse: el volumen, el ritmo (dinámico y acentuado), la intención, la modulación (emotiva y natural), la dicción, los recursos expresivos (expresión corporal, expresión gestual, seguridad) y finalmente el apego al texto. Como puede verse, es un listado casuista y farragoso de indicadores o criterios demasiado largo, imposible de atender en

el tiempo fijado, de entre tres y ocho minutos. Pienso que los especialistas en estos menesteres caen en el vicio que aqueja a muchas de las instancias oficiales y burocráticas: el de exagerar e inventar funciones y requisitos innecesarios. Todos los niños leyeron bien, claramente y sin titubeos. Quizá, demasiado rápido la mayoría. No les haría mal correr menos para hacerse entender mejor y no llevar hasta la universidad esta falla, con vista a la cual siempre les aconsejaba a los estudiantes: Si van a leer para otros, háganlo con ritmo, que para eso están los signos de puntuación, y hablen con voz de locutor (aunque los hay muy malos), y no con la de un apurado secretario de juzgado. A simple vista, parecería que el cuento representa al género literario más sencillo, por su cortedad y ausencia de abultadas listas de personajes, como sucede en las novelas.



Sin embargo, recuerdo que un experto en la materia, don Edmundo Valadez, argüía que entrañaba mayores dificultades para cualquier escritor. Quien lo redacta, ha de cerrar bien el círculo de la narrativa pasándola con premura por hondonadas y valles para luego hacerla ascender a una montaña, donde se revela el suceso culminante, cuyos efectos transforman la vida y las visiones de los protagonistas.

A estos pequeños no les falta imaginación a la hora de componer sus narraciones, con sus personajes y situaciones fantásticos. En casi todos los cuentos, advertí la presencia de magos, piedras que otorgan superpoderes a quienes las poseen o se hacen de ellas, princesas y castillos, monstruos, luchas con artefactos fantásticos libradas en el espacio, contendientes maléficos o bienhechores y toda esta parafernalia que se muestra en los juegos electrónicos o en el cine y en la TV. Debe considerarse que la recurrencia a los contextos de otras tierras, no es exclusiva de estas flamantes generaciones, sino que se remonta a pasados lejanos. Hace muchos años, un amigo se cuestionaba: “¿Por qué hay tantos cuentos de reyes y castillos encantados si en estos pueblos nunca los conocimos? Salvo un efímero emperador postizo, nunca hemos sabido de ellos”.

Estas temáticas no están mal en sí, pero a mi juicio, deberíamos conducir el imaginario infantil hacia temas de más variedad, curiosamente al alcance de cualquiera de ellos en su vida cotidiana, poblada

por animales domésticos fácilmente transformables en seres mágicos, ancianos que exponen sus recuerdos y fantasías a quien desea escucharlos, episodios memorables en las comunidades, relatos amorosos, viajes de parientes, libros y otros objetos heredados de los abuelos o bisabuelos, baúles que guardan universos enteros, personajes pintorescos y una gama casi infinita de posibilidades.

No fue sencillo discernir los tres primeros lugares que se nos pidieron, pues cada autor merecía poseer estas prendas. Tuvimos que desempatar varias veces y ponderar de nuevo méritos y faltas. ¿Por qué no pensar que alguno de estos noveles se convierta en un artista de las letras, en un gran escritor? Nada lo impide, si persisten en jugar con las palabras, para encontrar las más oportunas y buscarles el mejor acomodo, como lo hacen los pintores de vasijas y ollas de Mata Ortiz con los exquisitos trazos de finísimos pinceles.



Me atrevo a formular una sugerencia más: quizá en el futuro valdría la pena dejar que cada niño escribiera su cuento en letra manuscrita (en lugar de usar la computadora) durante varias sesiones en el propio salón de clases, de tal manera que fuera reinventando y puliendo. Al final del periodo, el profesor o el maestro asesor, tomando en cuenta a los niños, haría una primera evaluación como filtro antes del torneo ante los jueces. Pienso que con ello se garantizaría la autenticidad del autor evitando la intervención de manos adultas, cuyas huellas a veces se pueden apreciar en los párrafos. De paso, los infantes se entrenarían en la escritura manuscrita, habilidad perdida desde hace muchas décadas y que tanto sirve a los procesos mentales para afinar y precisar las reflexiones, según asientan novedosas técnicas pedagógicas. También se ganaría en un trato más parejo e igualitario.

A cada ganador se le entregó por último una medalla y un regalo, tarea placentera realizada por los jueces. Advertí la emoción de cada niño cuando pasaba al frente para recibir su presea, momento que seguramente guardará en sus memorias para siempre. Leyó la maestra de ceremonias un nombre y una pequeña del primer grado se

encaminó hacia la mesa desde las filas de atrás. Le comenté a mi colega de al lado: “Válgame, si me toca esta pilingüija, voy a tener que ponerme de cuclillas para colgarle su medalla”. Fueron otras dos niñas más crecidas, que sonreían nerviosas y no atinaban a ponerse de frente a la cámara. Para mi agrado, me impresionó vivamente la dinámica y organización impecable de las maestras y del personal de la escuela. Ello aseguró un desarrollo envidiable del evento.

Aficionarse a la lectura desde épocas tempranas de la infancia extiende los horizontes y abre la mente a mundos nuevos, a realizaciones y satisfacciones personales incontables. Ya se ha repetido que un libro suele cambiar el rumbo de la vida, casi siempre para bien, sobre todo si se frecuenta en la niñez. De la mía, nunca he perdido la evocación de uno llamado *Cultura y Espíritu*, en el cual abrevé durante el quinto año, una sucesión de poesías, biografías, conceptos de la naturaleza, historia, entre sus variados tópicos.

Y, puesto que este torneo se realiza bajo la inspiración de *Don Quijote de la Mancha*, no está de más recordarme que su lectura en la escuela secundaria, con la maestra Concha Hayasi, nunca la valoraré y estimaré lo suficiente.

